

La potencia del significante: entre la búsqueda de una literalidad productiva para la traducción de poesía y la lingüística de la escuela de Gustave Guillaume

Violeta Percia

Facultad de Filosofía y Letras, UBA-Conicet

Resumen

A partir de un acercamiento a algunas consideraciones teóricas desde la óptica de la lingüística de la escuela de Gustave Guillaume, nos proponemos pensar ciertos aspectos de esta lingüística del significante y su pertinencia en el intento de delimitar criterios para la práctica de traducción de poesía. Concibiendo tal práctica como la progresiva observación de las materialidades de un texto, o –devoción “mágica” por los particulares–, en palabras de Walter Benjamin; y considerándola desde una perspectiva crítico-poética, nos enfrentamos a una pregunta por el lenguaje, por los modos de nombrar. Una atención a la experiencia del lenguaje en la que es posible pensar a su vez su ingeniería y mostrar el lugar y la fórmula de la coacción de sus términos en un discurso, el poema.

La traducción trabaja sobre los fisismos de la lengua de partida que variarán en la lengua de llegada, la tarea será intentar encontrar los fisismos de la lengua de llegada según los modos de estos en el original, producir esos mecanismos que suscitan percepciones que se traducen en significación. Ahora bien, si traducimos de un discurso a otro y no de una lengua a otra, nos preguntaremos si algunas consideraciones generales sobre el sistema de la lengua pueden sernos de utilidad a la hora de traducir.

Nos proponemos presentar un acercamiento a algunas consideraciones teóricas de la lingüística de la escuela de Gustave Guillaume, con la intención de pensar su interés en la búsqueda de criterios para la práctica de la traducción de poesía. Concibiendo tal práctica como “la progresiva observación de las materialidades de un texto”, en palabras de Walter Benjamin –allí el poema como una singularidad de distribuciones nómadas, en palabras de Deleuze; y considerándola desde una perspectiva crítico-poética, nos enfrentamos a una pregunta por el lenguaje, por los modos de nombrar. Una atención a la experiencia del lenguaje en la que es posible pensar a su vez su ingeniería y mostrar el lugar y la fórmula de la coacción de sus términos en un discurso, el poema.

La traducción trabaja sobre los fisismos de la lengua de partida que variarán en la lengua de llegada, la tarea será intentar encontrar fisismos en la lengua de llegada según los modos de estos en el original, repetir esos mecanismos que suscitan percepciones que se traducen en significación.

Delfina Muschietti –investigadora y profesora de la UBA– ha puesto de relieve el importante aporte que Walter Benjamin (1923) realiza en su ensayo, “La tarea del traductor”; y, en la constelación teórica Benjamin-Tinianov-Deleuze, ha precisado algunos conceptos que sirven como guía para la práctica de traducción de poesía. En esta línea teórica, –la traducción es ante todo una forma–, tal como la concibe Benjamin ([1923] 1971: 129). Siguiendo a Benjamin y su propuesta de traducir los *modos de decir* del original, Muschietti (2010, en prensa) precisa dicha fórmula hacia los *modos de repetir* del original.

Lejos de tratarse de un intercambio entre lenguas se podría pensar más bien la traducción como una escucha en las distancias, en tanto que activa la posibilidad de un espacio de distanciamientos,

espacio del ritmo propio –o idiorritmia en términos de Barthes (2003)– donde la que toma distancia, en el poema, es la lengua de sí misma; distanciamientos de toda naturalización de la lengua de llegada por la escucha de la lengua del poema. El lenguaje, en esos distanciamientos, abre el espacio de sus potencialidades. La traducción implica por lo tanto una pregunta por el lenguaje y es un campo empírico para su indagación, en el vínculo entre lenguaje y pensamiento; lenguaje y saber, lenguaje y acción, lenguaje y ética. Y a su vez, permite una pregunta por los modos en que el lenguaje tiene de fugarse de su condición de ser, ante todo, consigna en tanto que da órdenes a la vida por medio de presupuestos implícitos o actos de palabra, que están en curso en una lengua en un momento determinado, a partir de una serie de coordenadas semióticas dadas por todas las bases duales de la gramática tradicional (masculino-femenino, sujeto del enunciado, sujeto de la enunciación; sustantivo, verbo, etc.) –tal como lo definen Deleuze y Guattari en “Postulados de la lingüística”, *Mil mesetas*.

En poesía, se trata, creemos, de traducir eso que las palabras *hacen*, no eso que *dicen*; no algo que se expone o adquiere visibilidad *a través* del lenguaje, sino *en* el lenguaje.

Sin sacralizar el original –lo que significaría la imposibilidad de toda traducción o a la vaga relación entre original y copia, subsidiaria del concepto de semejanza. Parece justo reemplazar el concepto de semejanza por el de un eco: “el eco de una respiración”, en palabras de Muschietti. Precisamos nosotros: el eco no es lo que se asemeja a la voz, sino esa misma voz pasando a lo largo y ancho de otra máquina, de otro sistema (de otra lengua), como por las paredes de una caverna que devuelven esa voz cambiada, pero que llevan su mismo movimiento, su misma energía, y de algún modo la reencuentran, en la materialidad de otras formas.

Para Benjamin, en la traducción se hace patente el parentesco de los idiomas y esto porque toda traducción significa la supervivencia de la obra, es decir el alumbramiento en la lengua de llegada de la maduración de la palabra extranjera –de las formas de la lengua de partida; alumbramiento que indaga los modos de decir y de repetir del original.

Lejos de ser una réplica palabra a palabra en cuanto a una literalidad que hasta pueda resultar absurda, traducir poesía implica la atención a la coacción de los significantes, esto es, a la medida en que “(...) lo pensado se halla vinculado con la manera de pensar en la palabra determinada” (Benjamin, [1923] 1971: 139).

Queremos proponer, a partir de la importancia teórica que entendemos implican estos aportes en la búsqueda de delinear criterios para la traducción de poesía, una relación con la lingüística de la escuela de Gustave Guillaume, para situar la relevancia del significante –en términos de movimiento y posición– en tanto que en poesía se trata de un trabajo con la singularidad de la forma, la materialidad del texto, y no con la elucubración respecto de sus emanaciones o sentidos. Ya que esto último es lo que el poema deja en suspenso y nunca cierra.

En la *Lógica del sentido*, Deleuze piensa el sentido en las vías de una constelación: una distribución de singularidades. Se trata de una distribución nómada en la que cada sistema de singularidades comunica y resuena con otros, a la vez implicado por los otros e implicándolos en distribuciones mayores. Se alude a la idea de mantenerse en la superficie como exigencia: no escalonar sucesivamente los planos, no *organizarlos*. El problema fundamental es tratar el sentido no como predicado, como propiedad, sino como acontecimiento. Ese acontecimiento es el poema mismo, no *eso que se dice*, sino *el modo en que se dice*, que hay que *repetir* en la traducción; tarea que debe partir del trabajo y la observación de los significantes, que son, como Jano, el umbral o bisagra entre la significancia y los efectos de sentido.

El lingüista francés Gustave Guillaume (1883-1960) ha realizado un aporte a la lingüística contemporánea a partir de su original distinción –diferenciándose de la saussuriana dicotomía lengua/habla– entre lengua (concebida como un sistema de sistemas, bajo la forma de un sistema de representación, que permite asegurar cierta permanencia en la captación de lo pensable y su expresión, y que se concibe como en estado potencial) y discurso (explotación momentánea y

discontinua, que actualiza lo potencial que es la lengua, y es en cambio un sistema de expresión), ambos planos son inseparables, no se traza una dicotomía entre ellos, sino que se los piensa como un *continuum*.

En Guillaume la terminología tradicional adquiere diferentes fijaciones. El concepto de *significancia* -aparecido en su obra en 1958, en *Langage et science du langage*- así como los de *expresión*, *significante*, *referencia*, y *sínfisis*, adoptan un sentido singular y que ha sido ampliado por sus continuadores, intentaremos precisarlos ya que, como creemos, pueden ser de interés en el intento de definir criterios para la traducción de poesía y en la relevancia de lo que implica el trabajo con la forma.

Desde la óptica de la Escuela Lingüística guillaumeana, la lengua es el resultado de una operación generalizada de captación del pensamiento. Para Guillaume, el objeto de la lingüística es la relación de conveniencia entre los hechos de lengua y los hechos de pensamiento; su objeto, el lenguaje, es el *universo interior: el universo de lo pensable, el que constituye en nosotros nuestras representaciones*. Los hechos de lengua implican la existencia de representaciones con las cuales el hecho de discurso o la frase se construyen. En la lengua misma se inscriben en trazos visibles las operaciones de pensamiento; se trata de series de posiciones diferenciales o puntos de vista tomados sobre un dinamismo asignable (y no de constantes en relación con otras). Un dinamismo en determinadas zonas de variación; por ejemplo, el artículo indefinido “un” recorrerá toda la zona de variación comprendida en un movimiento de particularización, así como el artículo definido “el”, la zona emprendida en un movimiento de generalización. Ese dinamismo en las propias zonas de variación es como un balbuceo, pues cada posición de “un” o de “el” constituye una variación que al actualizarse en el discurso repercute en lo restante del texto.

La hipótesis que queremos presentar es que el traductor de poesía debe estar atento, tanto a las actualizaciones en discurso, como al dinamismo y variación de los movimientos potenciales al nivel de la lengua, pues la poesía –conciente o inconcientemente–, es la forma que juega a dejar al máximo en suspenso los contextos de actualización, y a actuar los movimientos y las variaciones que los significantes llevan en ellos, poniendo en juego, tanto sus aspectos mínimos como sus combinaciones. Si el traductor es sensible a esos movimientos, sabrá que no será lo mismo obviar los matices que cada significante implica y en la medida en que la lengua de llegada lo permita habrá que generarlos, y nunca pasarlos por alto.

El sistema –y la lengua en tanto sistema de sistemas–, para Guillaume, provee un esbozo del entendimiento acerca de lo virtual. Lo virtual como aquello que no es actual pero posee una realidad, y a la vez hay que comprender el movimiento que va de lo virtual a lo actual en el sentido bergsoniano que precisa Deleuze (1987): “Lo virtual [en Bergson] en cuanto se actualiza, en cuanto se está actualizando, es inseparable del movimiento de su actualización, porque la actualización se lleva a cabo por diferenciación, por líneas divergentes, y crea por su propio movimiento otras tantas diferencias de naturaleza”. Es decir que el sentido mismo de una actualización, no solo compromete el nivel referencial de los significantes, sino también la aglutinación y articulación de órdenes connotativos, que dejan de ser simples derivados de un significado proposicional y troncal.

Para la Escuela de Guillaume, la significancia, condición *sine qua non* de la existencia del lenguaje, es el producto de la ligazón (sínfisis o soldadura) entre un *signo potencial* y de un *significado potencial* al nivel de la lengua; es esa asociación la que es “significante”. El significado en potencia es la invariante, el valor fundamental de una forma. Sin la significancia, causadora del sistema, no podríamos significar nada. Es la manera de referir (en y por la variación semiótica). Es lo propio del significante (anterior al *significado de efecto*). El excedente de sentido aportado por la formulación lingüística. Es una operación, que para Guillaume (1958), reenvía a un enlace –o conexión- y a una seriación (que proponemos pensar como simultaneidad)

entre impresiones fugaces que constituyen nuestra experiencia y un acrecimiento de esas impresiones bajo un signo instituido. Se trata de un principio de representación de la experiencia que remite a un *significado en potencia* (virtual -no actual pero que posee una realidad- e integrante), distinto del *significado en efecto* (que será *uno* de los valores posibles de aquel *significado de lengua*).

Hay que entender el concepto de representación en los términos de una realidad no lingüísticamente formada –pero tampoco amorfa, ya que está formada semiótica, estética y pragmáticamente- de la experiencia; la representación designa de un modo muy general un contenido nocional al nivel de la lengua (por ejemplo, una representación espacializada del tiempo, de un número, persona, etc., pero en tanto materia a-significante y a-sintáctica pues no se ha actualizado en el discurso), y no está necesariamente ligada al lenguaje. Toda representación es el resultado o la desembocadura de un acto de representación, de una operación. A la representación se opone la expresión, perteneciente al plano del discurso (y ya no al plano de la lengua), al plano de lo actual, y que sería la resultante de un empleo específico del sistema de representación que es en sí la lengua, una actualización singular en el discurso.

Todo el sistema de la lengua es para Guillaume movimiento y posición. Por eso, la lingüística guillaumiana se concibe como una lingüística de posición: se ocupa del lugar de pasaje entre dos tensiones, dos campos de construcción de un significado, la materia y la forma. La materia entendida como la significación, la forma, como su actualización en el discurso.

Es una lingüística del significante, por la atención privilegiada que le concede a lo semiótico, lo que podríamos pensar en los términos de lo que Deleuze llama en *Imagen-tiempo* “el enunciable” (la materia específica que implican las imágenes y signos). Es decir que el significante no se cierra sobre sí mismo. El lenguaje, cuando se apodera de la materia o del *enunciable*, forma con él enunciados propiamente lingüísticos que ya no se expresan en imágenes o en signos. Pero los enunciados se reinvierten a su vez en imágenes y signos, y suministran de nuevo el enunciable.

El lingüista Michel Launay (1986) sostiene que la relación entre la significancia y la referencia no es de causalidad sino de compatibilidad: la significancia permite la referencia, es decir, no la produce, sino que no la prohíbe. La importancia de la sintaxis es que opera la transición de la semiótica (la significancia –dominio de los significantes combinables para producir una frase) a la semántica (la referencia –dominio de la combinación). La sintaxis es un significante, funciona como todos los significantes de la lengua, refiriendo por la totalidad de los elementos que pone en juego, a la conceptualización de sentidos. La lengua como sistema implica que ningún significante que lo integra existe por fuera de la solidaridad que lo liga con otros significantes. El significante sintáctico determina la distinción diferencial de cada significante.

El significante se distingue de las referencias, ya que lleva consigo la propiedad de producir, por medio de un solo y mismo significante, referencias múltiples y plurívocas. Por eso, de alguna manera, el campo de las referencias implica un terreno infértil ya que supone interpretar constantemente el poema, o sostener la *presuposición* del ser y la potencia, en lugar de captar su *exposición*: el punto de exceso del lenguaje con respecto a la ciencia, y al mismo tiempo, la atestación legítima de la pura existencia del lenguaje.

El poema abre a la conciencia y escucha del lector la posibilidad de reflexionar sobre los mecanismos de la lengua y de dejarse llevar en sus juegos de sonido y número (sus dos aspectos mínimos) hacia eso que excede a la lógica (la identidad), aquello que es en cambio el más del sentido, la provisionalidad de todo pensamiento en el lenguaje, su hacerse, su darse vida. El traductor se moverá, entonces, a partir de una escucha primera de los mecanismos o procedimientos de la significancia. Es decir, una recolección, una búsqueda de esas conexiones a nivel de la lengua, en la indagación de sus propios formantes, en el modo que tiene, ha tenido, y puede tener el pensamiento de ser captado -o expresado- en el lenguaje. Pues la intención es buscar en

qué medida una expresión en la lengua de llegada resuena a la manera de otra en la lengua de partida.

El problema de la referencia debe ser reconducido hacia el significante de un modo articulado, en lo que llamamos coacción. La dimensión de la coacción no pide definir las referencias objetivas de las entidades coactivas, que pueden ser determinadas, pero que no necesitan serlo cuando se define la coacción misma; y además nos libera del espacio de la frase como espacio significativo –en sí mismo abstracto y artificioso que quiere para sí la idea de un sentido único-, iluminando en cambio cada singularidad que emana en el poema entero, la letra, la palabra, los espacios, los blancos, sus coacciones; atendiendo a la coacción es posible manejar las entidades sin “ver” lo que designan.

En este sentido, cobra relieve teórico la importancia fundamental de respetar al máximo la sintaxis del original en la medida en que la lengua de llegada lo permita, es decir, no normalizarla; a la vez que conservar las posiciones evidenciadas de los significantes en el poema y el dibujo gráfico del original (que marca acumulaciones y visibilidades en cuanto al significar). El significante refleja no solo ese exceso de sentido que se desprende de la manera de expresar, sino a la vez la relación entre el lenguaje y el cuerpo, el cuerpo y el gesto en la voz, eso que es la potencia misma de la poesía y lo que hay que intentar traducir. En poesía no se trata de un mensaje a decodificar –el poema es mucho más que una comunicación en una perspectiva referencial-, por eso el traductor no debe estar tentado de explicar el poema; sino resguardar en la traducción eso que en el poema queda en suspenso. Esos sentidos que se abren en y por el poema en tanto él mismo se abre como una pregunta por el movimiento entre voz y lenguaje (o entre lengua y expresión, potencia y acto) constituyéndose un espacio posible para la ética, para una co-relación entre pensamiento y acción. Se tratará de lograr, tal vez, que la significancia del poema, aunque por medio de distintos fisismos, se conserve como un *mapa-fantasma* –en términos de Muschietti- en la forma nueva que se realice en la lengua de llegada. Si el traductor debe manejarse en primera instancia al nivel de los significantes, la significancia del poema será su guía, y el campo semántico su límite. De este modo, lo primero para un traductor es la reflexión respecto de la coacción misma entre los significantes (las formas materiales). Sin detener el foco en lo que designan. Pues el poema, lo que designa, es justamente lo abierto, en el más allá de lo connotado –en la doble acepción del genitivo- por lo connotado y en lo connotado.

Se tratará de diagramar una red en la lengua de llegada que intente repetir la coacción entre significantes que permita la compatibilidad por la que nos es dado conceptualizar toda especie de casos referenciales; tender una red de significación que conciba capacidades señaléticas al modo del original (es decir, atender –como precisa también Muschietti- a las repeticiones sonoras y juegos paronímicos o de analogías; a la sintaxis y a los encabalgamientos; al uso de la espacialidad de la página que propone el poema; mantener el abanico abierto de ambigüedades que proyecta el poema y no intentar explicarlo por paráfrasis; atender a la diferencia de significancia que supone la elección de un significante lexical y no otro de esa misma lengua que podría tener un fondo de identidad referencial pero que supone una diferencia de connotación semiótica que abre a su vez otros sentido). Por el trabajo con la singularidad de la forma, con los particulares, se trata de una atención que descubra en la lengua de llegada esos puntos donde los signos o señales apuntan una organización que define a la significación y que esconde relaciones semióticas significativas, y en esa red se desprenderá un eco de eso que llamamos sentido; pero más aún de los modos de nombrar, el pensamiento mismo tal cual es comprendido por el lenguaje, por la expresión del poema, y por la lengua de partida.

Si de lengua a lengua el modo de captar la realidad, la mirada que la lengua recorta de la realidad varía, y del mismo modo, los sonidos o signos grafo-fónicos que plasman ese modo de captarla en el significante mismo, la traducción se sostiene en el hecho de que hay algo de lo

que el significante acumula –en tanto memoria, pasado- y de lo que es en él cambio, variación –en tanto duración-, que persiste, que re-aparece como insistencia en otros significantes de otras lenguas: y es esta insistencia, que a su vez crece o se mantiene viva por los distintos modos de nombrar en las distintas lenguas, la que convierte a la traducción en un campo de tensión de esa potencia que ella misma es para el pensamiento y para la supervivencia de la obra.

Bibliografía

- Agamben, G., 2007. “Filosofía y Lingüística”, en *La potencia del pensamiento*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Barthes, R. [2002] 2003. *Cómo vivir juntos. Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*. Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1976-1977. Sarlo, B. (ed.). Wilson, P. (trad.). Buenos Aires, Siglo XXI.
- Benjamin, W. [1923] 1971. “La tarea del traductor”, en *Angelus Novus*. Barcelona, Edhasa.
- Boone, A. y Joly, A. 1996. *Dictionnaire terminologique de la systématique du langage*, Paris, L’Harmattan.
- Chevalier J.; Launay, M. y Molho, M. 1986. “Le Fardeau”, *Langages*, vol. 21, N° 82: 5-11.
- Deleuze, G. [1986] 2003. *Foucault*. Buenos Aires, Paidós.
- . 1987. *El bergsonismo*. Madrid, Cátedra.
- Deleuze, G. y Guattari, F. [1980] 2002. “Postulados de la lingüística”, en *Mil mesetas*. Valencia, Pre-Textos.
- Douay, C. y Roulland, D. 1990. *Les mots de Gustave Guillaume. Vocabulaire technique de la psychomécanique du langage*. Presses Universitaires de Rennes 2.
- Guillaume, G. 1973. *Principes de Linguistique Théorique*. Recueil de textes inédits préparé en collaboration sous la direction de Roch Valin. Québec, Les Presses de l’Université Laval.
- Launay, M. 1985. “Gustave Guillaume: la loi et le symptôme”. Auroux, S. et al., *La linguistique fantastique*. Paris, Clims et Denoël: 324-338.
- . 1986. “Effet de sens, produit de quoi?”, *Langages*, vol. 21, N° 82: 13-39.
- Molho, M. 1986. “Grammaire analogique, grammaire du signifiant”, *Langages*, vol. 21, N° 82: 41-51.
- Muschiatti, D. 2006. “Traducción de poesía: forma, repetición y fantasma en el estudio comparado de traducciones de Emily Dickinson (Silvina Ocampo, Amelia Rosselli)”, *Orbis Tertius*, N° 12. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- . en prensa. “Poesía y traducción: constelaciones teóricas y traducciones comparadas”, en D. Muschiatti et al., *Traducir poesía: la tarea de repetir en otra lengua*. Buenos Aires, Bajo la luna.
- Salaün, S. 1986. “La poésie ou la loi des signifiants”, *Langages*, vol. 21, N° 82: 111-128.

CV

VIOLETA PERCIA ES LICENCIADA EN LETRAS EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES. ES BECARIA DE DOCTORADO CONICET Y TRABAJA COMO ADSCRIPTA EN LA CÁTEDRA DE LITERATURA DEL SIGLO XIX DE LA CARRERA DE LETRAS, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UBA. FORMA PARTE DEL PROYECTO UBACYT, “POESÍA Y TRADUCCIÓN EN LOS GÉNEROS Y LAS ARTES COMPARADAS” Y DEL LABORATORIO DE TRADUCCIÓN QUE DIRIGE DELFINA MUSCHIETTI. PUBLICÓ “ROBO Y DON. EL SENTIDO INVERNANDO EN UN DEVENIR PLURAL”, EN MUSCHIETTI ET AL., *TRADUCIR POESÍA: LA TAREA DE REPETIR EN OTRA LENGUA*. BUENOS AIRES: BAJO LA LUNA (EN PRENSA).